

*Conversación 42*  
**LA VENGANZA**

Arbuela tras los Montes, 12 de abril.

Un abogado de Toledo me habló acerca de un pueblecito vasco, escondido entre las montañas, donde desde siglos atrás se practicaba una extrañísima ceremonia llamada La Venganza, al amanecer del Viernes Santo. Rito singularísimo, cristiano en sí pero completamente laico, sin clero, único en el mundo. Hasta en la misma España son muy pocos los que están enterados y es desconocido enteramente para los viajeros extranjeros.

Llegué a Arbuela el jueves Santo y tuve que pasar la noche en casa de un caballerizo, porque el único hotel del lugar estaba lleno. Al alba del día siguiente ya se habían reunido en la Plaza Mayor los actores del rito, poco más de un centenar de personajes, únicamente hombres, casi todos de edad madura; no vi entre ellos ni adolescentes ni viejos.

Todos ellos tenían el rostro manchado con una tinta de color escarlata vivo y vestían largas capas de paño color ceniza. Todos estaban montados en borricos bajos, enjaezados pobremente, al estilo de la región. Al son apagado de una trompeta la cabalgata se puso en movimiento, y también yo la seguí montado en un asno.

A la cabeza del cortejo flameaba un estandarte donde campeaba la blanca imagen de un esqueleto. Se subía por un sendero de mulas empinado y pedregoso, que tenía a los costados juníperos de poca altura. Ninguno hablaba ni cantaba. De vez en cuando rebuznaba alguno de los animales, y tan desagradable interrupción del silencio se perdía en los matorrales cercanos, en el aire húmedo.

La subida duró aproximadamente una hora. La larga hilera de asnos y de hombres graves, de rostro escarlata, serpenteaba a través de pequeños llanos y lugares rocosos más y más pobres y desprovistos. De pronto se detuvo en un llano amplio, donde ya estaban esperando otras personas. A la sombra de una alta roca se veía una gran mesa de piedra, sostenida por cuatro columnas de haya sin trabajar. Sobre la mesa había siete cofres, según me parecieron, cubiertos por géneros de color blanco. Detrás de la mesa aguardaban siete hombres, con el rostro teñido de rojo, igual que los recién llegados. Cerca de la misma mesa ardía un gran montón de malezas y ramas secas, al que se había aplicado fuego y comenzaba a echar llamas. El espectáculo era misterioso y majestuoso. Alrededor del lugar se levantaban los picos agudos y amenazadores de la Sierra Negra; dos halcones describían círculos a gran altura, en el suave vapor amarillento causado por el sol del amanecer.

Los silenciosos peregrinos descendieron de sus cabalgaduras y se colocaron en semicírculo alrededor de la mesa de piedra. Sus rostros, aun cuando estuvieran pintarrajeados de rojo como los de los payasos, sin embargo causaban impresión de austeridad y meditación. Comenzó entonces la ceremonia.

Uno de los siete hombres que habían estado aguardando nuestra llegada, descubrió el primer cofre y lo abrió. Sacó afuera un gallo, un gallo orgulloso, altivo, con una hermosa cresta erguida, de color sangre. El hombre lo tomó por el cuello, lo apretó fuertemente para hacerlo morir, y exclamó

- Tú, gallo, eres nuestra soberbia; ¡que el fuego te consuma!

Y arrojó al gallo, en los últimos estertores de la agonía, sobre el montón de ramas encendidas.

El segundo hombre sacó del segundo cofre un cachorro aullador que en seguida comenzó a ladrar, lo degolló con un estilete con empuñadura de plata, y exclamó

- Tú, perro, eres nuestra ira, ¡que el fuego te destruya!

Y el cachorro sangriento fue a dar a la hoguera. El tercer hombre abrió cautelosamente el tercer cofre y tomó entre sus manos un palomino blanquísimo que se debatía afanosamente. Le golpeó la cabeza con una piedra y habló así

- Tú, paloma, eres nuestra lujuria, ¡que el fuego te reduzca a cenizas!

Y el pobre palomino fue a dar con las demás víctimas entre las ramas ardientes del montón. El cuarto hombre sacó del cuarto cofre un enorme ratón. Lo sofocó entre sus fuertes manos nudosas y exclamó

- Tú, ratón, eres nuestra gula, ¡que el fuego te aniquile!

El quinto hombre sacó del quinto cofre una pe-

quena serpiente negra, y con un tosco cuchillo le cortó la cabeza, diciendo

- Tú, serpiente, eres nuestra envidia, ¡que el fuego te devore !

El sexto hombre tomó del sexto cofre una urraca que lanzó gritos estridentes agitando sus hermosas alas azules. Pero el sacrificador, procediendo con rápidos movimientos, la apretó entre sus dos manazas y la arrojó, moribunda, entre las llamas:

- Tú, urraca ladrona, eres nuestra avaricia, ¡que el fuego te destruya!

El séptimo hombre sacó del séptimo cofre un viejo gato gordo y atigrado, con un rapidísimo movimiento de sus manos forzudas lo estranguló y gritó

- Tú, gato, eres nuestra pereza, ¡que el fuego te deshaga para siempre

Entonces, el portaestandarte que llevaba el emblema del esqueleto, se adelantó y también entregó a las llamas su fúnebre insignia.

En seguida todos los peregrinos se quitaron las capas color ceniza, y se vio que debajo estaban vestidos con hermosas túnicas blancas orladas de oro. Luego corrieron de a uno hasta una fuente cercana donde se lavaron el rostro quitando la tinta escarlata. Reaparecieron con sus caras al natural, honradas y severas caras surcadas de arrugas de campesinos, de artesanos adustos, de hombres en buena posición, blancas y pálidas.

Cuando todos estuvieron listos, limpios de rostro y cándidos en sus vestiduras, montaron otra vez y el cortejo se movió hacia el pueblo, dejando sola, en aquel llano, la pira funeraria con sus siete víctimas. Contrariamente a la subida, la bajada fue ruidosa y alegre. Todos hablaban y reían; alguno, un poco más joven que los otros, cantaba con voz sonora y bien entonada un viejo romance. Los asnos trotaban por el sendero pedregoso con alegre prisa. En poco más de media hora se llegó a la plaza de Arbuela, y los peregrinos se dirigieron a sus casas.

Pero yo quise saber algo más sobre el significado de aquella singular ceremonia, que tenía algo de cristiana y algo de pagana. Me dirigí entonces a un sacerdote anciano y enjuto que nos había recibido al regreso, y le interrogué acerca de lo que había visto con mis ojos.

- Es una costumbre antiquísima - me respondió, que se ha mantenido únicamente en Arbuela.

Debe ser el último testimonio sobreviviente de una devoción medieval que, en el día de la Crucifixión de Nuestro Señor, quiere simbolizar la muerte de los siete pecados capitales. Los peregrinos se tiñen el rostro de bermellón para demostrar la vergüenza por las culpas cometidas, cabalgan únicamente sobre asnos para imitar la humildad del Redentor, arrojan los siete animales simbólicos en la pira que representa el fuego del infierno. Como todos los que participan en ese rito son buenos católicos, nosotros los sacerdotes lo toleramos, pero el clero, por orden del Obispo, se ha negado siempre a participar en la ceremonia, porque nos parece que tiene algo de ingenuo y ridículo. Se llama La Venganza, pero no se comprende bien si quiere decir venganza de Dios, o venganza de los hombres contra los pecados. El pueblo denomina a esa ceremonia, quizás con algo de ironía: la salida de los burros.

Agradecí al anciano sacerdote las explicaciones proporcionadas, pero le manifesté que no participaba de su opinión acerca del valor de aquella antigua costumbre. Por mi parte estoy contentísimo, incluso desde el punto de vista estético, de haber presenciado un espectáculo tan grandioso en su mágica y salvaje simplicidad.